

PACIFICO

MAGAZINE

Agosto
1915

Precio:
EN PESO



SANTIAGO ANTIGUO

Ha sido la nota culminante de los últimos días la exhibición de los hermosos cuadros de reminiscencias históricas titulados "Santiago Antiguo". En estos cuadros plásticos se han hecho revivir costumbres que parecían perdidas para siempre; se han puesto en exhibición trajes y toillettes

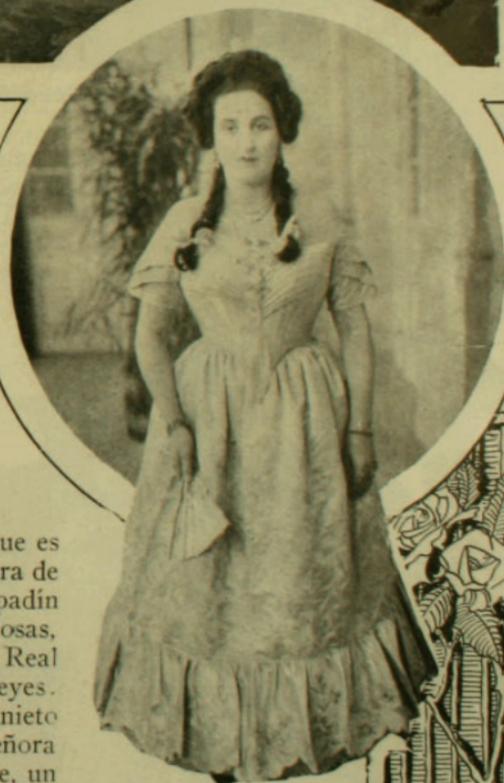


que la moda no ha vuelto a poner de actualidad. Damas y caballeros distinguidos de nuestra sociedad han contribuido con entusiasmo y talento al realce de esta exhibición. Los autores de esta idea brillante, que ha venido a romper la monotonía de nuestra vida de aldea grande y a hacernos olvidar los ásperos incidentes de una larga y pesada lucha electoral, merecen las felicitaciones de nuestro gran mundo. Ha sido esa una fiesta de recuerdos y de arte, una fiesta que no se olvidará tan pronto.

Y hay que tener presente que los personajes de Santiago no vistieron en su totalidad trajes de reciente confección, trajes de copias, sino de legítima procedencia, los mismos que llevaron las altivas damas y los encumbrados magnates de los comienzos del siglo pasado. El señor



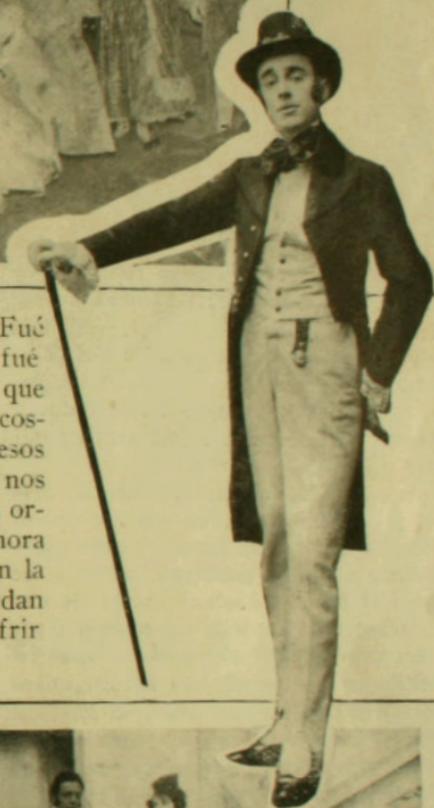
Marcos García Huidobro, por ejemplo, lució un hermosísimo traje de terciopelo morado; el mismo que llevó el Marqués de Casa Real, uno de sus antepasados. La señora Ana del Campo de Larrain se presentó con el vestido nupcial que llevara su abuela, la señora Irene Cuevas de Ortúzar. La señora Matte de Bell lució un manto de encaje blanco de remota época y que es una verdadera maravilla como obra de arte. Llamó la atención un espadín con guarniciones de piedras preciosas, que perteneció al secretario de la Real Academia, don Júdas Tadeo Reyes. Este espadín lo llevó su tataranieta don Teófilo Reyes Cerda. La señora Peñafiel de Zañartu llevó un traje, un hermoso traje blanco, que en su época se lució en los más suntuosos salones de Santiago. Gustó mucho el soberbio traje verde oscuro con que se presentó la señorita Valdivieso Barros, traje que perteneció a su bisabuela, la señora Mariana Urmeneta. Don Eduardo Balmaceda, en





traje de oidor, hizo una entrada soberbia. La capa que llevaba había pertenecido al oidor de la Colonia don Juan de Balmaceda y Cangano. Sería largo y difícil dar una nómina completa de los trajes auténticos que en aquel desfile de personajes de otra época presencié





el público más distinguido de la capital. Fué aquel un museo movible de antigüedades, fué una resurrección feliz de nobles personajes, que nos hacían recordar otras edades y otras costumbres. El cinematógrafo ha copiado esos cuadros y de ello debemos felicitarnos, pues nos quedará perdido el esfuerzo de sus gentiles organizadoras. La historia ya no se escribe ahora en letras de molde, sino que se estampa en la película donde sus hechos culminantes quedan eternamente grabados para que puedan sufrir adulteraciones o arreglos convencionales.

